

5° Capítulo del Abad General para el CFM – 29.08.2012

“«Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones». Y también: «Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias». ¿Y qué es lo que dice? «Venid, hijos; escuchadme; os instruiré en el temor del Señor»”. (RB Pról. 10-12)

En este fragmento del Prólogo, San Benito consigue entrelazar cuatro citas bíblicas – Salmo 94,8; Mateo 11,5; Apocalipsis 2,7 y Salmo 33,12 – para invitarnos a un verdadero camino de conversión, un camino que abre el corazón a la llamada de Dios revelada por Cristo y el Espíritu Santo. Y, al final, san Benito culmina la invitación de Dios a la conversión en la escucha filial que acepta aprender del Espíritu Santo el temor de Dios: “Venid, hijos; escuchadme; os instruiré en el temor del Señor” (Pról. 12).

Esto quiere decir que la Regla no presupone que entremos en el monasterio ya perfectos en el temor de Dios, sino que entramos para aprenderlo, para ser educados en esta justa posición ante Dios. Entonces se entiende que para san Benito el temor de Dios coincide con la vida monástica, que la vida monástica se convierte en nuestra identidad profunda en la medida en que crecemos en el temor de Dios. El Espíritu Santo quiere formar en nosotros esta virtud, quiere hacer penetrar en nuestro corazón esta relación con Dios, y todo el camino de la Regla nos educa para esto.

La segunda mención en el Prólogo sobre el temor de Dios nos ayuda a entender mejor este enfoque y concepción de la vida monástica. San Benito presenta a Dios, con el Salmo 14, la siguiente pregunta: “Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y descansar en tu monte santo?” (Sal 14,1). Formula esta pregunta para saber de Dios quién podrá habitar en la vida monástica, en el monasterio, para encontrar la comunión con Dios. En efecto, para él el monasterio es la “casa de Dios” (RB 31,19; 53,22; 64,5).

En un cierto punto, la respuesta de Dios a esta pregunta dice claramente que la condición para habitar en la tienda del Señor, en su monte santo, y, por lo tanto, en el Templo de su presencia en medio de nosotros, es el temor del Señor:

“«Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y descansar en tu monte santo?» (...) Los que así proceden son los temerosos del Señor, y por eso no se inflan de soberbia por la rectitud de su comportamiento, antes bien, porque saben que no pueden realizar nada por sí mismos, sino por el Señor, engrandecen al Señor que obra en ellos, diciendo lo mismo que el profeta: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre, da la gloria»” (Pról. 23.29-30).

San Benito, con estas palabras, dice enseguida al comienzo de la Regla que la condición para vivir verdaderamente en la casa del Señor no es tanto la buena observancia, sino el temor de Dios vivido con humildad. Y la humildad quiere decir dar a Dios la gloria por todo aquello que obra en nosotros.

Aquí san Benito identifica la actitud del temor de Dios con la conciencia humilde de sí misma que María expresó en el *Magnificat*: “Engrandecen al Señor que obra en ellos – *operantem in se Dominum magnificent*” (Pról. 30).

La Virgen María no se nombra nunca en la Regla, pero aquí la alusión a ella es clarísima: “Mi alma engrandece al Señor (...). El Poderoso ha hecho obras grandes por mí, su nombre es santo” (Lc 1,46.49).

San Benito retoma también la santificación del nombre de Dios, citando el Salmo 113B,1: “No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria.”

Ayer hablaba de la posición equivocada que el hombre moderno ha tomado al concebirse a sí mismo. Una posición en la que cuando se dice “yo”, Dios no entra. Es como si el yo no fuese definido más que de sí mismo. No estamos más habituados a definirnos en relación. Para un niño es natural definirse en relación con su mamá y su papá. Pero después, poco a poco, nos acostumbramos a definirnos solo en relación con nosotros mismos. La relación con Dios, la relación con los demás, incluso con quien se ama, acaba siempre como absorbida por nuestro yo de mil modos. Por esto, vivir la oración y vivir la vida comunitaria, se convierte cada vez más en un cansancio. Y por esto nos cuesta tanto el vivir el Oficio divino, que es, en el fondo, la vida y la sustancia de nuestra vocación; porque el Oficio, por su naturaleza, es el gesto por excelencia en el que la relación con el Señor y con los hermanos y hermanas debería ser más importante que nosotros mismos. Pero sobre este tema del Oficio divino volveremos más tarde.

Ahora me apremia el hecho de que en el umbral de la Regla, en el umbral del camino monástico que nos propone san Benito, y como primer paso del regreso a la verdad de nuestra vida a la que la Regla quiere conducir, se nos llama la atención para no ilusionarnos pensando poder hacer este camino si no estamos dispuestos, al menos como deseo, a convertir, en relación con el Señor, la concepción sobre nosotros mismos y sobre todo lo que hacemos. San Benito nos dice claramente que no es posible cambiar si el Señor no nos cambia. No es posible que ocurra alguno bueno en nosotros o a través de nosotros si no es Dios quien lo hace. Solo si magnificamos al Señor nos hacemos grandes; solo si santificamos al Señor nos convertimos en santos; solo si vivimos para la gloria de Dios, somos glorificados.

El temor del Señor coincide con la humildad, pero una humildad que no podremos nunca definir en nosotros, sino solo en relación con el Señor. La humildad es el temor de Dios que nos hace vivir para su gloria, para la gloria de su nombre.

Por lo tanto, san Benito nos ayuda a acogernos desde el principio de la vida monástica a lo que Dios obra en nosotros. Es muy hermosa la manera en la que expresa esto: “*Operantem in se Dominum magnificent* – Engrandecen al Señor que obra en ellos” (Pról. 30). Nos invita a contemplar a Dios en la obra de nuestra vida, y a contemplar esta obra magnificando y glorificando al Señor. Así nuestra vida, en lugar de ser siempre lo que provoca en nosotros el orgullo o la desilusión, la vanidad o el desánimo, se convierte en un signo de Dios vivo que crea y forma a sus criaturas y, sobre todo, al hombre, para hacer una cosa “muy buena” (Génesis 1,31).

Esta contemplación de Dios que obra en nuestras vidas, es el secreto de la alegría cristiana que magnifica y canta la gloria de Dios.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist